

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEIDO EN LA

Solemne apertura del curso Académico

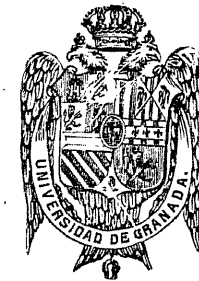
DE 1920 A 1921

POR

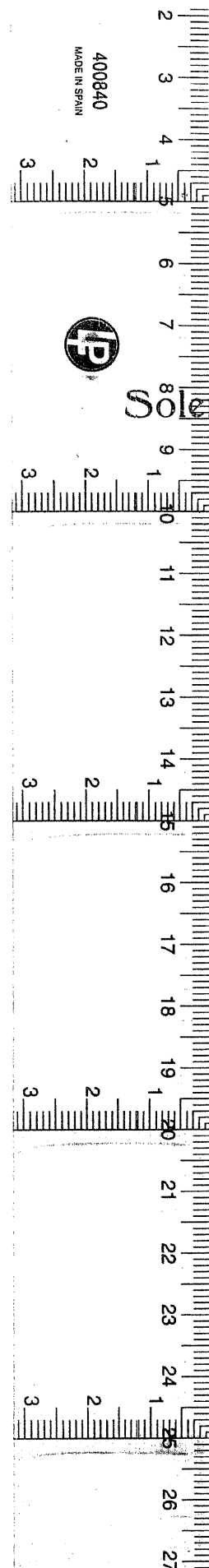
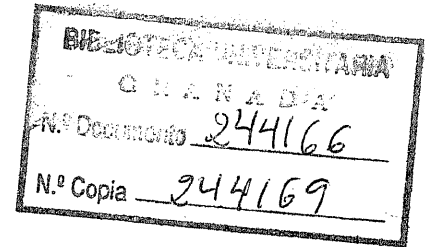
ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO

CATEDRÁTICO DE LÓGICA

EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



GRANADA
TIPOGRAFÍA GUEVARA
1920



R. 31030

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEIDO EN LA

Solemne apertura del curso Académico

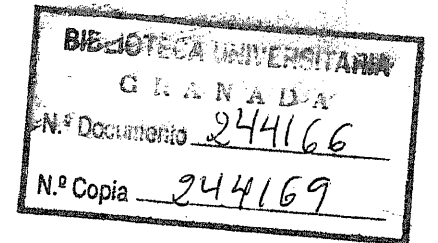
DE 1920 A 1921

POR

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO

CATEDRÁTICO DE LÓGICA

EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



GRANADA
TIPOGRAFÍA GUEVARA
1920

CON CENSURA ECLESIASTICA

LA INAUGURACIÓN SOLEMNE DEL CURSO
COMO FIESTA DE LA LABOR INTELECTUAL

EXCMO. SR.

SEÑORES:

PERMITIDME que sean mis primeras palabras un recuerdo cariñoso, que el dolor pone en mis labios, ante la pérdida irreparable de dos ilustres compañeros de nuestra Facultad de Letras. Pocas veces, este pequeño homenaje, que al inaugurar sus tareas tributan las Universidades españolas a los que fallecieron en el curso anterior, será más justificado y merecido que el que yo quisiera rendir a la memoria de mis amigos y compañeros, señores Almagro Cárdenas y Domínguez Berrueta.

Con la muerte del primero perdió esta Universidad su representación en el grupo de arabistas granadinos, al que con tantos prestigios pertenecieron Fernández y González, Simonet y Egúílaz. Hombre de costumbres sencillas y de ninguna ambición social, cifró Almagro todas sus aspiraciones en cultivar su afición a los estudios árabes, con marcada preferencia por la historia de la civilización árabe granadina, y de los monumentos que aquella raza conquistadora dejó en esta hermosa ciudad. Nacido en ella, sintió tan hondamente el amor a su patria chica, que jamás consintió abandonarla, y prefirió siempre sacrificar a ella sus propias conveniencias, su cátedra de Salamanca, todo; porque ne-

cesitaba para vivir, como graciosamente él decía, el agua del Avellano y el pan de Alfacar. «El amor a la tierra maternal, dice muy elocuentemente un conferráneo y deudo suyo, Fernández Almagro, lo sentía nuestro héroe hasta el desvarío; la amaba sobre todas las cosas; vivía su pasión por Granada a la manera sensual y directa de los romances moriscos.

Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría;
daréte en amor y dote
a Córdoba y a Sevilla...

A Granada se dió, en efecto, todo entero este singularísimo adorante de su historia y de sus bellezas. Esposa ideal, con ella se enlazó de por vida, y no acertó a vivir si en torno a su desmedrada figura de monje oriental no sentía un abrazo cálido de luz y de perfumes» (1).

De sus investigaciones como orientalista poco podría decirnos, pues ni me creo con la necesaria competencia para analizar su labor, ni es esta la ocasión más oportuna. La serenidad de espíritu y la despreocupación por la persona, condiciones indispensables para un examen crítico, no se compadecen bien con la tristeza y el dolor ante la tumba de un compañero y de un amigo.

Muy distintas fueron las aptitudes, y muy otro el carácter y el temperamento del amigo Berrueta, malogrado por enfermedad traidora casi en la plenitud de la vida. Era éste un espíritu ágil, inquieto, y tan ampliamente cultivado, que le permitía husmear con igual sagacidad y perspicacia lo mismo los problemas de arte y de literatura, que sortear hábilmente las pequeñas dificultades que no faltan a todo espíritu emprendedor y ansioso de intervenir en todas las manifestaciones de la vida que están a su alcance. Esa inquietud y agilidad de espíritu le llevaron en su primera juventud al palenque de la prensa, y con su pluma fácil, sugestiva e intencionada, supo dar a su periódico *El Lábaro*,

(1) Vid. la revista *La Alhambra*, número de 30 de Abril de 1920, pág. 106.

modesto diario de la ciudad salmantina, grandísima notoriedad y resonancia en la prensa española.

En esa época de lucha y de polémica fué depurándose su actividad intelectual y tomando cuerpo esa otra aspiración fundamental de su vida: el goce tranquilo de la belleza artística y literaria.

Dotado de sensibilidad exquisita admirablemente dispuesta para toda emoción estética, el señor Berrueta veía en las obras de arte, en los recuerdos pretéritos, en las huellas de la tradición, más que residuos de generaciones que pasaron, y que tienen un nombre y una fecha, fuentes de emoción variadísima e inagotable, a las que todo sentimiento inteligente debe abrir sus puertas para darles vida nueva y una significación personal. Con ese temperamento impresionable y emocional, prefería adiestrar a sus alumnos en la no fácil tarea de aprender a sentir las emociones y los encantos de las creaciones artísticas, a contarles la historia fría y muerta de los monumentos almacenada en los archivos y en las publicaciones históricas. Los que tuvimos la suerte de acompañarle alguna vez en sus viajes de expansión artística, no olvidaremos aquella actitud suya de recogimiento y respetuosa devoción con que iba repasando cuidadosamente, y desde puntos de vista muy variados, las líneas y el conjunto del cuadro que tenía delante para sorprender algún aspecto nuevo, algún motivo de emoción delicada, que traducía luego en frase corta y hábilmente ejemplificada. Nadie como él hacía notar a sus alumnos esa realidad impalpable, misteriosa, que los siglos van depositando en las obras de arte, convirtiéndolas en sagrada reliquia que atesora los afectos de admiración del sinnúmero de personas que las contemplaron. Su carácter efusivo, la limpieza de su conversación y de sus costumbres, su austeridad y sencillez en la vida, le permitieron prescindir en sus viajes con los alumnos de toda comodidad, y actuar constantemente cerca de ellos, no como maestro, sino como un amigo cariñoso e inteligente.

Este entusiasmo por la cultura artística revélase ampliamente en sus esfuerzos, coronados por el éxito, para transformar su

cátedra en un gabinete de estudio hermosamente amueblado, con aparato de proyecciones y con abundancia de fotografías, albums, cuadros, reproducciones y libros de arte. Gracias a él, algunos discípulos de esta Universidad pudieron visitar siquiera una parte de los monumentos españoles, y nuestra Facultad de Letras queda con una cátedra de *Teoría*, que no es el consabido local con una mesa y unos bancos, como los otros locales de la Universidad, sino una sala aparte, con fisonomía propia, como rincón escogido para sentir y analizar las manifestaciones de la belleza.

Dotado el señor Berrueta de una actividad incansable, no sólo atendía con especialísimo interés a sus ocupaciones de cátedra, sino que de su pluma siempre amena salía una abundante producción literaria en revistas, periódicos y libros; y a pesar de esta labor, se le encontraba dispuesto siempre, ya para colaborar eficazmente en toda empresa universitaria de carácter académico o de organización administrativa, ya para atender y servir con su consejo y con su influencia las consultas y aspiraciones personalísimas de los alumnos.

Fruto de esta preocupación por la masa estudiantil fué nuestra *Agrupación de estudiantes de Letras*, primer ensayo de sociedad escolar en nuestra Universidad para fines académicos y culturales exclusivamente. Con ello se proponía el señor Berrueta, su fundador y consejero permanente, estrechar las relaciones amistosas entre maestros y discípulos, despertar en los jóvenes el afecto a su casa social, la Universidad, e impedir que el pequeño número de indolentes y levantiscos usurpara la representación escolar, por abandono y falta de organización del gran núcleo de estudiantes serios y trabajadores.

Y no quiero insistir más en recordaros otros aspectos interesantísimos de la personalidad del señor Berrueta; pues ni los creo necesarios, ni mi pluma inhábil sabría darles el relieve merecido, ni la prolongación que yo pudiera hacer de este homenaje a su memoria emborronando unas cuartillas más, me alivia el dolor que me produce la pérdida de tan buen amigo, como para mí lo fué don Martín Domínguez Berrueta. Descanse en paz.

*
*
*

Inclinado por vocación y por deber profesional a buscar en las cosas sus irradiaciones sobre el pensamiento reflexivo, su significado, su verdad, sin más finalidad que el goce intelectual de contemplarlas y comprenderlas, desde que recibí el aviso del Sr. Rector encargándome del discurso de apertura, ningún tema, de los muchos que la fantasía me fué presentando respondiendo a mis preocupaciones, que no fueron pocas, me impresionó tanto como el análisis de la solemnidad misma con que oficialmente celebramos la inauguración del curso. A presentaros este análisis me invitaba, además, una consideración de psicología social sobre la vida de las instituciones humanas.

Aunque éstas hayan nacido como una explosión de entusiasmo, para satisfacer una aspiración colectiva, o para dar vida y expresión a un sentimiento popular, como no se procure reanimar su espíritu y difundir su sentido en la conciencia del grupo o desaparecen totalmente, o si perduran son cuerpos sin alma, que sólo viven alimentados por ridícula terquedad de algún iluso o por ley mecánica de la inercia. Lo mismo ocurre en los hechos de la conciencia individual. Para que nuestros actos de la vida individual o social no pierdan su valor significativo, y conserven el aroma del afecto que en ellos depositaron otras generaciones o nosotros mismos, es de todo punto indispensable que al repetirlos les acompañe nuestra reflexión y los acaricie nuestro sentimiento. De lo contrario, todos, aun aquellos que, como las prácticas de piedad, aparecieron por impulso de la voluntad afectiva iluminada por los resplandores de la inteligencia, caen, a fuerza de repetirse, en la oscuridad de lo inconsciente, si no procuramos avivarlos por una reacción enérgica de la atención. Por eso, cuando nuestras energías intelectuales andan mezcladas y confundidas con las exigencias del obrar, conviene de tiempo

en tiempo dar reposo a los músculos para que el pensamiento, sin otra preocupación que su propia actividad, pueda examinar a sus anchas los horizontes de la idealidad pura. Sólo a golpes de reflexión podremos disipar un poco las sombras de la rutina y del atolondramiento en nuestra conducta (1).

Por estas consideraciones, y por no saber presentaros una cuestión científica en forma amena y de interés para vosotros, he tenido que limitarme a ser mero intérprete de esta solemnidad, a traducir en palabras las reflexiones que a mí me sugiere esta fiesta de la inauguración del curso. No esperéis un examen de valoración para decidir sus ventajas o sus inconvenientes; no encontraréis en mis palabras ni los aplausos del panegirista, ni los arranques de indignación del que reprueba o censura. No quiero actuar de legislador ni de moralista; sino sencillamente de observador tranquilo que aspira a enterarse de lo que las cosas son, y rehuye toda apreciación sobre lo que deberían ser. Tampoco vengo a contaros las impresiones que un temperamento de artista podría recoger contemplando efusivamente este cuadro pintoresco, en el que los colores más vivos y de más duro contraste, el rojo, el amarillo, el azul, etc., juegan sin recato ante la seriedad de lo negro o la respetabilidad de las canas (2).

No busco yo la visión artística de este acto literario, ni me interesa su aparato escénico, sino su vida interior, sus elementos psicológicos, su finalidad y su sentido. Y para lograr este análisis, es preciso contemplar la inauguración del curso siguiendo aquella máxima de Spinoza en el capítulo primero de su *Tratado*

(1) Como dice Fr. Paulhan: «Una tendencia pierde su espiritualidad (se despiritualise) ordinariamente cuando resulta habitual, automática. Pierde su contacto con un gran número de hechos psíquicos que antes la daban calor y que ella misma había despertado. Después de haber invadido el espíritu, se retira poco a poco, como las aguas del mar se retiran de las arenas que inundaron al subir la marea». *Les transformations sociales des sentiments*. París, 1920, pág. 40.

(2) En el claustro que celebró esta Universidad de Granada en 28 de Febrero de 1681, se acordó que los doctores teólogos usaran borla y muceta blanca, los canonistas verde, los legistas carmesí, los de Artes azul, y amarilla los médicos. Ap. MONTELLS. *Historia de la Universidad de Granada*, pág. 257.

político: «No reirse de las acciones humanas, ni llorarlas, ni detestarlas, sino tomarlas como son y comprenderlas». Pero aun con todas estas precauciones de seriedad científica, parece difícil que el examen de un asunto tan vulgar y tan frívolo, como es una fiesta, pueda servir de tema para la solemne inauguración del curso académico. En pocas ocasiones estaría tan justificado como en la presente ese tópico oratorio de la importancia del tema; pero no me atrevo a abordar esa discusión, porque presiento la derrota y casi estoy convencido de que mi labor, más que discurso inaugural, es una vulgarísima bagatela. Perdonadle su endebles y su frivolidad; es un pasatiempo de mi espíritu, que, como los niños cuando se cansan de improvisar diálogos con su muñeca, de darle órdenes, consejos, etc., hartos ya del mutismo y de la inmovilidad de la que consideraron como compañera de sus juegos, empiezan con sus manitas a desmenuzarla para ver lo que tiene dentro, así también yo he querido distraerme en ver lo que tiene dentro esta solemnidad académica, desmenuzándola, para volverla a construir según los moldes de una explicación razonada. Para una fiesta literaria ¿qué tema más apropiado que la fiesta misma? Es verdad que mi pobre discurso no podrá figurar al lado de aquellos, y son los más, que aparecen como la exposición robusta y amplia de un problema científico, ni en la categoría más modesta de aquellos otros que presentan una monografía histórica o un plan de reforma universitaria; pero quizá encuentre compañeros en aquellos famosos juegos literarios que en época ya lejana, según Alfonso de Matamoros, celebraba esta Universidad granadina (1).

Veamos, pues, lo que son y significan estas solemnidades universitarias, estos juegos literarios, como antecedente obligado para llegar a determinar el concepto y valor social de nuestra fiesta inaugural del curso académico.

* * *

(1) Ap. V. LAFUENTE. *Historia de las Universidades*, t. II, pág. 614.

Al oír esta palabra *juego*, la imaginación nos recuerda con una espontaneidad irresistible una mesa con tapete verde, y en derredor suyo unos cuantos sujetos, exaltados, nerviosos, con una inquietud anormal, esperando todos que la suerte, esa entidad arbitraria y caprichosa, traiga a su bolsillo las monedas de los demás. Pero no es este el caso típico del juego que pueda servirnos de modelo para ver fácilmente su origen psicológico. Eso es ya una degeneración del sentimiento primitivo del juego; la pereza y la codicia exacerbadas han transformado en cosa punible y perversa un sentimiento que en sus orígenes no sólo es completamente lícito, aun dentro de los cánones de la moral más austera, sino con perfectísimo derecho a que se le atienda y se le fomente. Borremos, pues, de la imaginación todas esas representaciones innobles de timba y de fugurio, y hagamos surgir en ella la imagen de un amplio jardín, en el que viven espléndidamente los más hermosos ejemplares de plantas y de árboles en abundosa floración de primavera, y por cuyos paseos penetra bulliciosamente un conjunto de niños que terminaron sus tareas escolares. Inmediatamente los veremos dividirse en grupos; y unos se lanzarán a correr, sin saber a dónde; otros darán voces, sin querer decir nada; otros empezarán a forcejear con sus amigos, sin otra finalidad que poner sus músculos en tensión; etcétera, etcétera. La impresión general que resalta en ese cuadro bullicioso y verdaderamente movido, es la de una actividad que se desborda, sin más objetivo ni preocupación que el gastarse, hasta producir el cansancio por agotamiento de fuerzas. Por eso los psicólogos unánimemente consideran el juego como actualización espontánea de un sobrante de energía acumulada.

Como dice muy bien F. Thomas: «De la energía acumulada en nosotros durante el período de reposo, una parte, como ya hemos advertido, se invierte en el entretenimiento de la vida y en su funcionamiento normal; gracias a ella, se reparan el gasto y las pérdidas sufridas; se rejuvenecen y se reaniman los órganos debilitados. Pero raras veces este trabajo, sobre todo en los jóvenes robustos y vigorosos, consume todas las reservas. En ellos la savia es tan poderosa, que no podía agotarse entera-

mente. Una cierta cantidad, a veces importante, queda disponible y tiende a salir fuera. De aquí resultan los movimientos desordenados del niño, de aquí sus gritos más o menos articulados, lanzados sin fin ni motivo aparentes... Este ejercicio de la actividad libre, este gasto de energía en cierto modo superflua, gasto hecho únicamente por el gusto de hacerlo, sin consideraciones utilitarias o morales, es precisamente lo que se llama *Juego*» (1).

Dentro de este molde tan amplio, y concretándonos a las formas rudimentarias y primitivas del juego, es indudable que hay alguna semejanza entre los juegos infantiles, sencillas manifestaciones de la actividad muscular para adiestrarse en los movimientos del cuerpo, y los ensayos del pájaro para volar, o los ejercicios del gato que empuja y hace mover una bolita de papel para echarse rápidamente sobre ella. Pero en los animales todo ese adiestramiento está condicionado evidentemente por las necesidades del instinto, muy estrechas y limitadas; y en el hombre los juegos revelan tal amplitud de horizontes y de aspiraciones, que aun aquellos que surgen por un impulso verdaderamente instintivo, como en los animales, pronto reciben el influjo de la fantasía creadora, que rompe la pesada monotonía del instinto.

El juego nace, es verdad, de un sobrante de energía; pero ni este sobrante de energía se consume con tal espontaneidad que a tontas y a locas tome cualquier desnivel, como el agua salida de su cauce, ni se precipita ciegamente por los moldes invariables de lo orgánico. En el hombre no sólo aspiran a jugar los brazos y los pies; no somos exclusivamente un depósito de energía muscular para pasear el estómago y alimentarlo; hay otras energías que también reclaman su juego, que también piden su ejercicio, como desarrollo de su actividad y como perfeccionamiento de la vida humana: tales son la voluntad, con todos sus afectos, y la inteligencia, con sus aspiraciones a la verdad y a la belleza. Con la intervención de estos factores específicamente humanos, la actividad se transforma por misteriosa manera en

(1) *L'éducation des sentiments*. París. Alcan. 1899, pág. 232.

movimientos y operaciones que, si bien conservan en el fondo los caracteres sencillos de su origen primero, aparecen revestidos con esas formas y maneras de lo real que no se pueden reducir a expresión geométrica, ni caben en una definición conceptual, pero que nos impresionan vivamente y llegan a emocionarnos. Por esa mágica transformación, los movimientos musculares se convierten en danzas rítmicas y elegantes, la cueva para librarse de la intemperie en soberbia construcción arquitectónica, las voces inarmónicas en cantos agradables, los sonidos en armonía musical, y toda nuestra vida consciente en sueños poéticos y en creaciones científicas.

El juego y el arte nacen, pues, del mismo tronco y se alimentan de la misma savia. «El arte supremo, dice Schiller, es aquel en el que el juego alcanza su más alto grado, en que llegamos a jugar, por decirlo así, con el fondo de nuestro sér..... Como los dioses del Olimpo, libres de toda necesidad, ignorando el trabajo y el deber, limitaciones del sér, se ocupaban en tomar formas mortales para jugar con las pasiones humanas, así nosotros en el drama representamos hazañas, atentados, virtudes y vicios que no son los nuestros» (1). Y tomando estas palabras de Schiller en su más rígida acepción (2), no pocos pensadores, y sobre todo Herbert Spencer, han exagerado las consecuencias hasta el extremo de no ver en el arte más que una forma superior del juego. A todos ellos replica Gaultier con muy buen sentido, que si el arte es un juego, todos los juegos serían obras de arte. Si al arte se quiere llamar juego, habrá que añadir, que es un juego creador de belleza (3).

Pero dejemos estas lucubraciones que no interesan a nuestro propósito.

(1) En su *Carta 27 sobre la educación estética*.

(2) Como dice Croce en su *Estética come scienza etc.*, 5.^a edic., 1912, p. 552. Schiller advierte que su juego no representa una cualquiera de las distracciones conocidas vulgarmente con ese nombre, ni siquiera el libre correr de la fantasía abandonada a sus propios caprichos, sino una actividad intermedia entre la propia de los sentidos, del instinto animal, y esa otra actividad propia del entendimiento y de la moralidad.

(3) *Le sens de l' Art*. París, 1907, p. 15.

Si los estéticos no se han puesto de acuerdo para determinar con precisión las fronteras que separan la actividad artística de la que vulgarmente denominamos juego, sería inútil que yo intentara una clasificación de esas manifestaciones de la actividad humana que no responden exclusivamente a una tendencia orgánica, ni a exigencias perentorias de la vida o de intereses económicos y que designamos con los nombres de juegos populares, espectáculos, fiestas, etc., para decidir en concreto y en cada caso particular cuáles de esas manifestaciones son propiamente artísticas y cuáles no. Por otra parte, el análisis mental distingue fácilmente lo artístico de lo vulgar, lo bonito de lo bello, la emoción artística de la que es simplemente agradable, en la región pura de los conceptos; pero en la realidad anda todo tan mezclado y tan confundido, que jamás encontramos un fragmento de ella del que pueda decirse que todo él es hermosamente artístico, o completamente feo, o indiferente en absoluto para el sentimiento artístico. Aun en aquellos artificios vulgarísimos de que se sirven los amigos o camaradas para procurarse un rato de esparcimiento, como alivio de sus preocupaciones o cansancio, lo mismo podremos encontrar chispazos de ingenio, rasgos de belleza moral, actitudes y gestos artísticos, que una vulgaridad aplastante y chabacana. En estos casos de diversión entre amigos, como en aquellos otros de mayor amplitud y con más altos ideales, todo dependerá, según el conocido principio *homo additus naturae*, con que se ha querido resolver en estética la famosa cuestión entre realistas e idealistas, de las condiciones, habilidad, gusto artístico y carácter moral de los que juegan o se divierten.

Son, pues, el juego y el arte dos modalidades distintas de la actividad humana, que si a veces andan separadas, otras se compenetran y se funden en una síntesis admirable. Cuando esto ocurre, las expansiones del placer colectivo adquieren la categoría superior y específicamente humana de hecho social ennoblecido por los destellos del arte.

Siguiendo nuestro análisis, examinemos ahora los caracteres de esa actividad que juega y se divierte, y la compenetración social que produce en los individuos sometidos a su influencia.

* * *

En la interesantísima *Memoria sobre las diversiones públicas* que redactó Jovellanos por encargo del Supremo Consejo de Castilla y leyó ante la Academia de la Historia en 11 de Julio de 1796, después de haber presentado un resumen histórico de las fiestas y juegos populares en España, termina con estas palabras: «Crear que los pueblos pueden ser felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darles diversiones, y prescindir de la influencia que pueden tener en sus ideas y costumbres, es una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. Resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas, será uno de los primeros objetos de toda buena política» (1). Y para determinar las normas a que debería someterse el Gobierno para su actuación sobre los espectáculos y diversiones, empieza por advertir que en el pueblo hay dos clases, una que trabaja y otra que huelga, y su situación con respecto a las diversiones públicas es muy diferente.

Con una ligera modificación, podemos seguir nosotros esas indicaciones de Jovellanos. Este discurría con el pensamiento fijo en la forma concreta de una ley; nosotros no queremos salir de las regiones de lo abstracto, y por eso atenderemos, no a los hombres, sino a su actividad. Y ésta, realmente, aparece en ocasiones sometida a una forma o modalidad que llamamos *trabajo*, y en otras no. Es esta última la que nos interesa, pero como una y otra representan una misma actividad, aunque en momentos distintos y actitudes diferentes, es muy razonable que, siquiera para obtener las ventajas de la diferenciación y del contraste, examinemos las dos. Adviértase, por último, que nuestro examen se refiere a la actividad, considerada, no como factor individual,

(1) *Jovellanos en la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1911, páginas 321-22.

sino como un hecho colectivo, como la resultante de acciones y esfuerzos individuales.

Empecemos, pues, señalando los rasgos psicológicos de la actividad colectiva bajo la forma de *trabajo*.

Encontraremos en primer término una agrupación de energías individuales que se suman y se coordinan para obtener el resultado natural del esfuerzo. La relación entre la energía gastada y el efecto producido se somete a las mismas leyes de la transformación de fuerzas en mecánica; es un caso más de dinamismo físico en el que las energías humanas se adicionan a las de la naturaleza, pero conformándose y sometiéndose a las exigencias que ésta les impone. Quizá creais que rebajo con exceso la actitud del hombre frente a la naturaleza; pues son tan frecuentes los ditirambos oratorios, ponderando con sobrada elocuencia las conquistas y victorias del ingenio humano en sus luchas contra la fuerza bruta del universo; es tan halagadora para la vanidad humana, la idea de que los elementos nos obedecen, las energías cósmicas están a nuestro servicio, y que todas las cosas sirven de escabel sobre el que se levanta el trono mayestático del hombre, que con suma facilidad lo aceptamos como cosa indiscutible. Pero desgraciadamente eso es una pequeña ilusión, y para no borrarla del todo, los filósofos han aceptado como buena aquella sentencia, un poco paradógica, de Bacon, «a la naturaleza se le vence obedeciéndola», pues es indudable que por ese procedimiento no hay derrota posible. El trabajo, que parece ser una actividad dominadora, se desarrolla siempre bajo el peso de la obediencia a los materiales y energías que pretende transformar.

Y de este yugo no puede librarle, ni la intervención de la inteligencia, con todas las habilidades y con todos los recursos de su ingenio; porque también ella se siente subordinada a las exigencias del espacio y del tiempo, limitada por los medios materiales y por mil obstáculos que le ofrece la realidad que se ve obligada a manejar. No olvidemos que es la inteligencia práctica, no la inteligencia idealista y soñadora; es la inteligencia que va mendigando a la naturaleza medios de vida para el pobre organismo

en que se hospeda, no el entendimiento que vaga libremente por los caminos de lo ideal, sin más trabas ni limitaciones que las que le impone su propio movimiento discursivo. El matemático, el pintor, el filósofo, se entretienen con sus espacios, con sus paisajes, con su mundo, y lo cambian o lo ordenan como les place; pero el ingeniero director, el gerente, el picapedrero, se ven en la inevitable necesidad de tomar la naturaleza como es, no como una representación mental personalísima que puede variar hasta lo infinito.

Ni la misma actividad mental, en su forma puramente especulativa o teórica, puede sustraerse a estas condiciones de limitación, si ha de merecer el nombre de trabajo. Sin gran perspicacia psicológica, advertirá todo el que se haya dedicado a especulaciones científicas, dos momentos distintos de su actividad mental: uno, el libre vagar de su fantasía creadora, entretenida con sus propios pensamientos, forjando teorías y desflorando cavilaciones ajenas; y otro, de labor más cohibida, más disciplinada; aquel, por ejemplo, en que se pretende dar a nuestras ideas una forma definitiva de expresión, distribuir las con arreglo a un plan, ordenarlas en vista de un fin, teniendo en cuenta las exigencias de una demostración, o las condiciones de amena claridad para el público.

Y lo que se dice de la investigación científica, conviene con igual exactitud a la actividad del artista o del historiador. Es muy distinta la actitud psíquica del que husmea, con una curiosidad de agradabilísimo interés, los papeles de un archivo, o la del pintor que va forjando en su cerebro figuras y paisajes sin tropezar con las dificultades de la técnica; y aquella otra, en que el uno se esfuerza en ordenar y exponer las cosas averiguadas, y el otro en la ejecución del cuadro concebido.

Si la inteligencia, a pesar de su gran flexibilidad, se siente limitada cuando se produce en la forma de trabajo, todavía aparece esta limitación más exigente y más dura con respecto a la voluntad afectiva. Gózase ésta sobre todo, en recorrer con la mayor independencia posible los senderos que le traza su propia espontaneidad; y aun en aquellos casos en que se ve fuertemente

solicitada por estímulos y tendencias orgánicas, aspira siempre a satisfacerlas con variedad de medios y procedimientos, para tener siquiera alguna ilusión de la libre iniciativa. Asociada a su ejercicio, aparece de ordinario esa modalidad psíquica llamada sentimiento, que, unas veces da suavidad a la acción, actuando como lubricante para evitar las asperezas del obrar, otras interviene como condensador de energías dispersas, orientándolas en determinado sentido, y siempre animando, con sus atractivos y con la riqueza de sus formas, las arideces y los prosaísmos de todas las manifestaciones de la vida. Ahora bien; una y otro, la voluntad y el sentimiento, aparecen dominadas y subyugadas por las exigencias del trabajo. Este, por ser una suma de esfuerzos coordinados, ya se le considere en el individuo mismo, ya en las relaciones del individuo con sus colaboradores, exigirá siempre, que los caprichos de la voluntad o las intromisiones del sentimiento se sometan a una regularidad uniforme, a un movimiento rítmico, sin lo cual es imposible la coordinación del esfuerzo. Nótese una vez más, que estamos frente a un sistema de fuerzas que ha de someterse a las leyes de la dinámica, no a las espontaneidades veleidosas del corazón humano. Por eso no ha de extrañarnos, que la humanidad haya unido tan indisolublemente a la idea de trabajo el sentimiento de coacción, de algo que se nos impone como una necesidad, como un deber; y aunque la Revelación no nos lo hubiera enseñado (1), habríamos visto en él, más que la limitación de nuestro propio ser, las molestias de un castigo y de una esclavitud.

En estas condiciones, y sin otro aglutinante que los vínculos del trabajo, no podrá surgir una institución social con todos los caracteres de la socialización perfecta. Sería inútil buscar en el trabajo colectivo una agrupación, cuyos individuos estén compenetrados por verdadera fusión de sentimientos y de ideas; si no

(1) En el cap. III, v. 17, 19 del Génesis, aparece Dios reprendiendo a nuestros primeros padres por haberle desobedecido, y les dice entre otras cosas: «Maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitae tuae..... In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es».

hay otros vínculos que los que puede dar el trabajo en común, la relación entre los que colaboran, puede llegar a ser muy semejante a la de los clientes de un Banco, que, sin conocerse mutuamente, juntan sus capitales en la Caja, como los otros su esfuerzo individual. El ritmo acompasado, la armonía, la coordinación de los esfuerzos, de que antes hablábamos, es algo impuesto y que viene de fuera; esa uniformidad de movimientos no responde a una vida interior, que vibra al unísono en todos los individuos; las comunicaciones entre éstos, necesarias para el trabajo colectivo, no son diálogos entre dos almas que se conocen y se quieren, sino algo parecido a la trasmisión de noticias o de órdenes entre dos aparatos registradores. Como se ve, estamos todavía muy lejos de ese conjunto de vidas individuales que, agitadas fuertemente por un mismo ideal, o por una misma aspiración, o por un sentimiento común, o por identidad de convicciones, rompen las fronteras de la individualidad, se aproximan y se funden hasta crear un alma colectiva. Pero, notadlo bien: cuando esto ocurra, no por eso habrá cambiado la estructura orgánica de los esfuerzos individuales; seguirá con los mismos moldes; habrá cambiado la disposición de ánimo de los que trabajan, y quizá con ella el esfuerzo útil; pero no por virtualidad del trabajo en común, sino por otros motivos completamente extraños. La mera agrupación para el ejercicio de la actividad, ni exige, ni ella puede dar por sí sola, esa identificación de afectos y de emociones.

Muy distintos son los caracteres de la otra modalidad de la actividad humana.

Esta modalidad, en su desarrollo, no aparece supeditada al servicio de un fin útil para el individuo o para la colectividad, ni tiene en cuenta las leyes de la proporcionalidad entre el trabajo y el rendimiento valorado en dinero, norma racional de toda actividad económica, sino que la vemos surgir de lo más hondo de nuestra espontaneidad, libre de toda sombra de mandato, coacción o utilidad; así puede correr a sus anchas por las regiones de la imaginación soñadora, moverse rítmicamente o a saltos descompasados; y si alguna vez emprende el camino del esfuer-

zo, es el placer, el gusto, su propia iniciativa, lo que la empuja, no el deber o la necesidad. Contemplándola de cerca, veremos que siente no pequeña satisfacción en variar la vida a su antojo y romper esos moldes, con que la seriedad, las convenciones sociales, las arbitrariedades de la moda y otros mil factores, la tienen de ordinario aprisionada. Diríase que le bastaría la regularidad uniforme, con que la experiencia y el saber científico le obligan a contemplar el universo, y se complace en forjar otro; pero sin la austeridad y rigidez de las leyes cósmicas, sin las trabas del espacio y del tiempo, sin valores fijos, ni realidades permanentes. Lanzada por los caminos del juego, de la distracción, de la leyenda, del drama, todo lo cambia a su antojo, todo lo valora a su gusto; finge hechos, crea personajes, inventa historias, y para descansar del ajetreo de la realidad, cuyo peso le fatiga y le aturde, crea ese otro mundo, verdaderamente suyo, y en el que lo inmutable, y lo rígido de las creaciones especulativas, es reemplazado por las variadas y bellísimas ondulaciones del sentimiento.

Cuando el hombre se ve libre de las limitaciones con que la vida de trabajo le tenía cohibido, la voluntad afectiva recobra su imperio, el sentimiento invade todos los rincones del espíritu, los elementos activos adquieren una mayor flexibilidad, y todos se disponen a ser instrumentos dóciles del primer capricho que se ofrezca. Así resulta, que, con los mismos medios y capacidades idénticas, surge una vida nueva, que viene a ser como una caricatura de la vida real; y el orden, la seriedad, la sinceridad, etcétera, son reemplazados por la ficción, la ironía, el bello desorden, la comedia y el ridículo, sin que por ello tengamos que sufrir los reproches de la conciencia moral, pues estamos en el mundo de la broma.

Las creaciones de esta actividad, aun forjadas en un ambiente de espontaneidad personalísima, y sin la forma unificadora, objetiva y sistemática de la razón, tienen, sin embargo, tal poder de sugestión sobre las masas, ejercen sobre ellas tal influjo, que bien se las puede considerar como uno de los fermentos más activos para unificar las muchedumbres

y disponerlas a la verdadera vida social. Y este es quizá uno de sus aspectos más interesantes, cuyo estudio podría servir para ver cómo nace y se desarrolla en el hombre el espíritu colectivo, mejor que todas esas agrupaciones de seres inferiores, que suelen presentarnos los sociólogos, como antecedentes de nuestra vida social. Los hombres, presenciando una obra teatral, o recreándose con las habilidades de un atleta, o con los peligros y vistosidad de una corrida de toros, o con el espectáculo de un baile popular, nos ofrecen uno de los casos más típicos de socialización de muchedumbres; y si los sociólogos no lo han utilizado para sus estudios sobre la génesis del hecho social, los políticos, los agitadores de masas, todos los que han sentido la ambición de dominar las muchedumbres, lo han empleado como uno de los medios más eficaces para agruparlas, poderlas sugerir más fácilmente sus convicciones y lanzarlas en determinado sentido.

Intentemos, pues, aunque sea brevísimamente, el examen del aspecto social que ofrecen todas estas manifestaciones de la actividad humana.

«No hay hecho social, propiamente dicho, nos dice Fouillée, sino cuando hay reacción de una conciencia sobre otra, de la vuestra sobre la mía o sobre la de mi vecino; después, reacción del conjunto de las conciencias sobre sí. Por tanto, el carácter más esencial del orden social, a mi juicio, es modificarse concibiéndose, ser un determinismo colectivo de ideas-fuerzas y de sentimientos-fuerzas, hasta el punto que toda sociedad se encuentra, por decirlo así, en estado de continua creación de sí por sí» (1). Y Durkheim, que bien puede considerarse como uno de los que con más entusiasmo han trabajado en poner de relieve el carácter específico del hecho social, nos lo describe en estos términos: «Cuando las conciencias individuales, en vez de permanecer separadas unas de otras, se ponen en mutuas relaciones, obran activamente unas sobre otras, y de su síntesis resulta una vida psíquica de un género nuevo. Distínguese ésta de la

(1) *Sociologie théorique et sociologie pratique ou reformiste*. Ap. REV. DE METAPHYSIQUE ET DE MORALE. 1911, p. 373.

que vive el individuo aislado, por su especial intensidad. Los sentimientos, que nacen y se desarrollan en el seno de los grupos, tienen una energía a la que no llegan los sentimientos puramente individuales. El hombre que las experimenta tiene la impresión de que es dominado por fuerzas que no reconoce como suyas, que le llevan, que le dominan, y todo el medio que le rodea le parece surcado por fuerzas del mismo género..... Arrastrado por la colectividad, el individuo se desinteresa de sí mismo, se olvida, se da todo entero a los fines comunes. El polo de su conducta ha cambiado de sitio y se ha transportado fuera de él. Al mismo tiempo, las fuerzas que por ese medio se han despertado, precisamente por ser pléticas, no se dejan fácilmente canalizar, acompasar, ajustarse a fines estrictamente determinados; sienten la necesidad de actuarse por actuarse, por juego, sin finalidad, bajo forma, unas veces de violencias estúpidamente destructoras, otras de locuras heroicas..... En momentos de efervescencias de este género se han constituido en todo tiempo los grandes ideales sobre que descansan las civilizaciones» (1). Sintetizando estas ideas de Durkheim, sus discípulos Hubert y Mauss, en su *Ensayo sobre la naturaleza y función del sacrificio*, nos dicen, que «el carácter de penetración íntima y de separación, de immanencia y de trascendencia, es, en su más alto grado, el distintivo de las cosas sociales. Estas también se dan a la vez, según el punto de vista que se tome, en y fuera del individuo». Finalmente, Jerusalem, al señalar en su *Introducción a la Filosofía* los puntos de vista que habrán de tenerse en cuenta para todo estudio sociológico, siguiendo esa misma dirección de los sociólogos, que ven en el hecho social algo más que la resultante de hechos individuales, como creía Spencer, nos dice, que «todas las formas sociales, es decir, todas las manifestaciones de la vida humana en común, tienen una doble función característica. Están fuera de nosotros y sobre nosotros, pero a la vez también en nosotros» (2).

(1) *Jugements de valeur et jugements de réalité*. Ap. REV. DE MET. ET DE MORALE. 1911, p. 447.

(2) *Einleitung in die Philosophie*. 8.ª edic. Wien, 1919, p. 289.

Aprovechando estas advertencias de los sociólogos profesionales, y dejando a un lado las exageraciones de todos aquellos que pretenden explicar los fundamentos de la sociedad por la sociedad misma, creo yo que el hecho de la socialización implica tres momentos distintos:

1.º Pluralidad de conciencias individuales, que, en presencia de un objeto, reaccionan de una manera uniforme.

2.º Todas estas reacciones, al exteriorizarse, se agrupan por su homogeneidad; y las conciencias individuales, al percibir ese *consensus* exterior, no sólo ven su propio sentir amplificado por la coincidencia con el de las otras, sino que se sienten acompañadas de otros seres verdaderamente hermanos suyos, puesto que sienten como ellas. Es el momento verdaderamente generador de la simpatía por comunidad de afectos y de creencias. No basta, como pretende Jerusalem, repitiendo el pensamiento de Durkheim, decir que lo social es algo que está fuera de nosotros, sobre nosotros y en nosotros; porque si bien es verdad, que esas condiciones se dan perfectamente en el lenguaje, en la religión y en las costumbres, que son los hechos sociales por excelencia, no ocurre esto por lo que tengan de fermento socializador, por decirlo así, sino porque son fenómenos del espíritu. Toda creación del espíritu, aun la que pudiera surgir en la soledad más absoluta y sin tendencia alguna social, aparece por modo inevitable sometida a esa norma, como algo objetivo (fuera de nosotros y sobre nosotros) contemplado por un sujeto (en nosotros). La misma comunidad de ideas, de opiniones o de creencias, no produce por sí sola una socialización perfecta; es, a lo sumo, el antecedente que la prepara. Aquella exige, no sólo coincidencia de pareceres, sino dejación, siquiera parcial, de nuestro propio yo en las manos del prójimo, y recíprocamente; es preciso que las individualidades respectivas, dejen de considerarse como extrañas y desplacen su egoísmo hasta sentirse, si no identificadas, por lo menos hermanadas en el afecto. Y este sentimiento de fraternidad, como hecho biológico, tiene sus orígenes en el fondo mismo de la naturaleza humana individual, y es anterior a esas manifestaciones de uniformidad de conducta, de lenguaje, etc.

Surge bajo la forma de instinto por expansión de las actividades individuales que se encuentran, y, lejos de chocar, coinciden y se atraen; y adquiere estado reflexivo al transformar esa coincidencia exterior de los actos en afecto mutuo de las personas que los produjeron.

3.º Una vez lograda esta aproximación por el afecto, como polarización de todas esas actividades que ya se sienten hermanadas, surge el ideal colectivo, y a su impulso, la reflexión va buscando las maneras de coordinación de los esfuerzos individuales, para darle vida real. Es este el momento de la perfecta socialización.

Recordemos ahora una cualquiera de esas grandes agrupaciones humanas, cuyos elementos se han reunido sencillamente para solazarse y distraerse. En ella encontraremos actores y espectadores. Los primeros, reproducen una forma de actividad que propiamente es un juego, pero en realidad trabajan, pues todo su esfuerzo está cohibido y supeditado a las arbitrariedades de la ficción que están representando; están simulando un juego, pero esa simulación les exige un trabajo, a veces muy molesto.

Cuando la labor ejecutada consigue interesar a los que la presencian, reaccionan éstos, frente al objeto contemplado, con la misma docilidad uniforme con que los termómetros, bien graduados, acusan las alteraciones de la temperatura. Estamos en la primera fase de la socialización. Pero, nótese bien: entre la uniformidad de percepciones, que produce la presencia de un objeto cualquiera en los que lo ven, y la uniformidad de actitud psíquica en aquellos espectadores, hay grandísima diferencia. En éstos, lo representado, no sólo se impone a todos y provoca reacciones semejantes de carácter puramente cognoscitivo, sino que penetra en las intimidades del espíritu, tiene la mágica virtud de lanzar al exterior toda su vida afectiva; y el palmooteo, los gritos, las risas, todos los gestos de ansiedad, de ternura, de dolor, etc., se producen con tal *consensus*, que, vistos desde fuera, parecen una multitud de brazos, de gargantas, de rostros y de cuerpos movidos e impulsados por un solo espíritu, y éste agitado por una misma ola de afectos, y vibrando todo él sobre

los individuos en ondulaciones perfectamente iguales. Como veis, no se trata de una mera reacción de carácter informativo, como en el caso de la percepción sensible; ni de la sencilla relación de exterioridad y superioridad, entre el objeto y el sujeto del conocimiento, sino de algo muy distinto. Es un fenómeno de un dinamismo tan violento y tan *sui géneris*, que el factor idea o percepción no podría explicarlo por sí solo. Necesitamos suponer que lo representado es una creación humana a base de sentimiento o de idealidad, pero incrustada en hechos humanos y formas sensibles; y, por reunir estas condiciones, nuestro espíritu lo recibe como un eco o prolongación de su propio yo, se siente emocionado, y por irresistible manera se exterioriza hasta olvidarse de sí mismo y dejarse dominar completamente por lo que ve representado. En estas circunstancias, los afectos salen de la intimidad personal, para encontrarse con los del vecino y agruparse, los exclusivismos egoístas se atenúan, el yo adquiere mayor plasticidad, y el instinto social lo encuentra todo admirablemente dispuesto para su actuación.

En resumen: esta segunda manera de la actividad humana, completamente distinta de aquella otra que hemos llamado trabajo, se desenvuelve en un mundo que ella crea a su antojo; y la contemplación de ese mundo, es uno de los medios más eficaces para fomentar las exteriorizaciones colectivas del sentimiento, y disponer las masas para la socialización en un sentido cualquiera.

*
* *

Estas formas de la actividad humana que nacieron para recreo y distracción del hombre, aparecen, sin embargo, en muchas ocasiones asociadas a fines más altos y más serios; así encontramos el canto, la música, el baile, la poesía y demás juegos artísticos, formando parte principalísima de ese hecho social conocido por el nombre de FIESTA O SOLEMNIDAD, el cual, ni siempre revela un estado de franca alegría en los que la celebran, sino a veces todo lo contrario, ni tampoco una actitud frívola y

de mero pasatiempo, sino generalmente de austera y reflexiva gravedad.

Examinemos esta nueva función del juego artístico, como elemento de fiesta o solemnidad.

Acostumbrados a interrumpir en los días festivos nuestra vida de trabajo y a recrearnos en los placeres derivados de la holganza, casi hemos llegado a confundir el descanso, que es una cosa accidental de la fiesta, con la fiesta misma. Realmente, aun a los que celebramos las festividades de la Iglesia, quizá nos impresiona más el placer de la vacación, que la misma solemnidad religiosa; pero ni ésta tiene nada que ver con aquél, ni la fiesta puede considerarse propiamente como un descanso, pues si en ella encontramos todas esas cosas, cuya primitiva finalidad es servirnos de esparcimiento, allí tienen otro valor y significación distinta.

Si la fiesta no es holganza, ni tampoco es un juego artístico simplemente ¿qué será?

Responde la fiesta a esa doble actitud, que toma el espíritu humano, en presencia de los hechos que le interesan vivamente: una, intelectual, comprensiva, provocada por la curiosidad o el deseo de saber; y otra, afectiva, de valoración según la escala del sentimiento. Las dos suelen darse simultáneamente, y con recíprocas influencias de la una sobre la otra; pero reaccionan de muy distinta manera. La contemplación intelectual, con aspiraciones científicas, tiene especial interés en no alterar el hecho, ni desfigurarlo; emplea el número y la medida para que la apreciación sea lo más exacta posible; procura que sus lentes no se empañen al mirar con las irisaciones del afecto, y le preocupa tan sólo la verdad objetiva, dejando a un lado los gustos y preferencias subjetivas. El corazón, por el contrario, busca exclusivamente los aspectos de la conveniencia personal; se complace en seguir los caminos que le ofrecen mayor abundancia de emociones; toma actitudes de simpatía o de admiración, y, como natural consecuencia de todo esto, surge el deseo de agrandar el

acontecimiento en la misma proporción en que llegó a interesarle. Si el resultado de la primera es explicarlo y comprenderlo, el de la segunda es aplaudirlo y celebrarlo. Este deseo de dar relieve, de dar importancia, a un acontecimiento que nos ha conmovido, y que ha despertado intensamente nuestra vida afectiva, puede considerarse como el origen de las fiestas.

Suponed, en efecto, que no es uno sólo, sino muchos, los que se han sentido emocionados por un acontecimiento cualquiera, y pronto veréis surgir el deseo colectivo, de exteriorizar esos sentimientos y de difundirlos, sugiriéndolos a los demás. Si en el orden científico, en que la verdad no aparece más sólidamente razonada por la suma de votos que la aceptan, gusta, sin embargo, el proselitismo; los interesados por un sentimiento que desde el primer instante tomó cuerpo social, buscarán por todos los medios, aquellas exteriorizaciones que puedan impresionar más vivamente y ganar mayor número de adeptos. Trátase, además, de la exteriorización de un juicio de valor inspirado por el sentimiento; y así como el que pretende demostrar su verdad a los demás, busca los recursos de la evidencia científica para producir una especie de coacción intelectual, así también los que aspiran a realzar un hecho que les interesó, no se contentan con apreciarlo y ponderarlo en su interior, sino que aspiran a transmitir su emoción y sus apreciaciones por los caminos con que se llega a impresionar el sentimiento de los demás.

En resumen: la fiesta es «una exteriorización colectiva de un juicio de valor, inspirado por el sentimiento sobre un hecho o personalidad».

Distínguese de todas las otras manifestaciones de la vida social o política, porque éstas obedecen siempre a una actitud defensiva u ofensiva, y la fiesta sólo se da en un ambiente de paz, sin agresividades ni violencias; aquéllas nacen del espíritu de lucha, de rebeldía, de protesta; son la exteriorización de un ideal o de un sentimiento, pero enfrente de otro y contra otro, con afanes de imponerse y dominar. Las fiestas no son actos de protesta, ni de afirmación de la voluntad de un grupo contra la voluntad de los demás, sino sencillamente la exteriorización de

una actitud sentimental respecto de un hecho, para realzarlo; sin miras de defensa, ni propósitos de combate; son una expansión del sentimiento colectivo en condiciones y maneras de efusiva generosidad.

Y ¿cómo se verifica esa exteriorización del juicio colectivo? ¿De qué medios se sirve el hombre para dar realidad exterior y sensible a las intimidades de su afecto, cuando quiere sublimar un hecho o celebrar las excelencias de un ideal?

Nuestra vida interior siempre tropieza con grandes dificultades, para encontrar un medio de expresión que la exteriorice con exactitud y de un modo permanente; pero esas dificultades son mucho mayores cuando se trata de los fenómenos afectivos. Por el lado intelectual, casi puede decirse que se identifican el esfuerzo de la inteligencia y su fórmula de expresión, pues no hay ciencia muda ni concepto que no pueda traducirse en palabras; mas las palpitaciones del sentimiento, que sólo llegan a la conciencia como un eco misterioso, como una conmoción de nuestro propio yo, son tan íntimas, tan personales, de formas tan vagas e indefinidas, que no hay exageración en decir que el placer o el dolor es mudo e inefable.

En estas condiciones, sería inútil pretender que la relación, entre la serie de operaciones y de cosas que constituyen la fiesta y el objeto celebrado, se parezca a la que percibimos entre una ley física y los objetos a que se refiere, o entre una concepción científica y los hechos que por ella se explican. El valor representativo de los elementos de la fiesta es puramente simbólico; no se han imaginado ni concebido esos elementos como fórmulas, que traduzcan con claridad intelectual la naturaleza y contenido del objeto, y que puedan sustituirlo en operaciones sucesivas de la razón discursiva, sino como prolongaciones de nuestro propio sentir, como cosas en las que hemos depositado una gran parte de nuestros afectos, y que por ese desbordamiento de nuestra vida interior sobre ellas, se convierten en cosas nuestras. Pensad, por ejemplo, en la vida simbólica del derecho, en los recuerdos de familia, en el cambio de regalos entre amigos, en esas formas exteriores del traje, en los gestos del saludo, y tan-

tas otras manifestaciones de nuestra vida, que tienen un valor representativo y expresivo muy grande, sin acomodarse a las leyes de la representación intelectual. Este simbolismo, en que se desenvuelven todas las fiestas, no hay que someterlo a las exigencias del análisis racional, pues no responde a finalidad alguna científica, sino a una proyección de nuestra propia vida en la naturaleza. A la manera que la célula, al adquirir cierto grado de desarrollo, se desdobra, y va difundiendo su fuerza vital por la materia de que se nutre, así también, cuando la emoción agita nuestro espíritu, le hace desbordarse, y comunicándose a los objetos de afuera, los hace suyos, y con ellos comparte su vida afectiva.

Estas reflexiones, desde luego insuficientes para un tema tan amplio como es la representación simbólica, quizá basten para que no se pretenda determinar el valor del objeto de una fiesta por los actos y signos exteriores con que se celebra. Revelaría una gran ligereza, y no pequeña incompreensión, el que, para examinar estos hechos sociales, se detuviera en la contemplación de lo externo, donde tan fácil es encontrar incongruencias y aspectos risibles, sin haberse tomado la molestia, de penetrar su sentido y hacerse cargo de todo lo que aquello representa y significa.

Pero no hay que preocuparse demasiado de esa actitud de desdén, en que se colocan ciertos espíritus mordaces, con la presunción de superhombres, frente a estas manifestaciones ingenuas y muy humanas del sentimiento colectivo. Por encima, y a pesar de todas esas censuras, tales manifestaciones subsistirán siempre, como floración espontánea de la vida del hombre en sociedad; y en todas las formas y fases que ésta nos presenta, como la familia, la tribu, la corporación, el pueblo, la nación, veremos surgir esas condensaciones del sentimiento individual alrededor de un hecho, de un acontecimiento y hasta de una persona, que se traducirán en otras tantas fiestas para cada uno de esos grupos sociales. Todavía resulta mayor la variedad de fiestas, si nos fijamos en la diversidad de objetos celebrados. No hay hecho humano, o que con el hombre se re-

lacione, que no aparezca alguna vez realizado por la actitud de un grupo, más o menos numeroso, que le tributa los honores de una fiesta. La misma amplitud de perspectiva nos ofrece el objeto de las fiestas, si lo contemplamos por el lado de la variedad de sentimientos con que aparece transformado, pues hay fiestas para conmemorar un acontecimiento rebosante de felicidad y de alegría, y hay solemnidades henchidas de tristeza y pesadumbre, y, por último, hay otras que no responden a esos dos polos opuestos de placer y dolor, en que se desenvuelve la vida animal, sino que revelan una tonalidad afectiva de otro orden superior.

Al pensar en esta última categoría, no me refiero a las solemnidades religiosas, pues de propósito las he dejado fuera de mi investigación, sino a ese otro grupo de fiestas, en que el hombre quiere rendir homenaje de respetuosa devoción por objetos e ideales que aparecen en la cumbre de los valores humanos; tales son, por ejemplo, aquellas acciones que llevan en su entraña una cristalización purísima del bien, o aquellos hechos que representan un esfuerzo sobrehumano en las regiones del arte o de la ciencia. Estas son las que podríamos llamar *fiestas del humanismo*, porque en ellas el hombre aspira a desentenderse de las inclinaciones y exigencias de su egoísmo individual y social, cierra los sentidos para verse libre de la realidad material que le envuelve por todas partes, y se eleva a esa región misteriosa de lo inmaterial en que, hasta los recuerdos de la experiencia fugaz y deleznable, aparecen transformados en verdades de alta idealidad, en relaciones absolutas fuera de los vaivenes y mudanzas del espacio y del tiempo. En ellas, los sentimientos no pueden tener esa modalidad violenta que les da la pasión de raigambre fisiológica, ni tampoco fines utilitarios o exclusivistas, ni nada que sea como un eco amplificado del instinto de conservación o del deseo de vivir. Como se nutren del sentimiento intelectual y de la emoción estética, no obedecen a ese ritmo de la vida que es lucha, sino que se ajustan a las delicadas armonías de la verdad y de la belleza, y pueden fundir a los hombres en un ideal, sin adjetivos que separen o dividan.

A esta clase de fiestas pertenece la que celebramos hoy. Sus orígenes no son de ayer, pero tampoco cuenta con una historia muy larga. Cuando se implantó la reforma (1) de los estudios universitarios, en 1845, quiso el legislador que el 1.º de Octubre se celebrara públicamente, en todas las Universidades, la apertura solemne del curso, bajo la presidencia del Rector, y que para dicho acto se invitase a todas las autoridades y corporaciones oficiales. Desde aquella fecha, la inauguración del curso adquiere la categoría de fiesta universitaria oficial, y con esa uniformidad que tienen todos los actos que proceden de un régimen centralista, el 1.º de Octubre de cada año, a la misma hora, y en todos los paraninfos de las Universidades españolas, todos los Rectores, con las mismas palabras, declaran abierto el curso en su respectiva Universidad. El Estado, que desde muchos años antes, y sobre todo en tiempo de Carlos III, veía por una parte el estancamiento de nuestras Universidades, y por otra sentía la ambición de dominio en un sector tan importante de la vida social, como es la enseñanza, acabó por desahuciar a los antiguos poseedores, la Iglesia y la Ciudad, y convertirse en organizador de la función docente y árbitro de sus destinos. Y como una de sus aspiraciones, aparte de los deseos de mejora, que yo no niego, debió ser el llevar la convicción a todas las clases sociales, de que se iniciaba una nueva vida en el régimen de la enseñanza, puesto que las antiguas Universidades de centros regionales o locales se convertían en instituciones de carácter nacional, se le dió categoría de cosa oficial y pública al hecho, por lo demás tan sencillo, de la apertura de curso.

Pero si nuestra fiesta, con su organización actual, comienza en la primera mitad del pasado siglo, sus precedentes se remontan a la antigüedad clásica. Dejando a un lado las fiestas de los

(1) «Fue implantada *manu militari*: era ministro, y como tal lo firma, el general D. Facundo Infante. El 1.º de Octubre de 1845 presidió la apertura de curso el Rector de la Universidad, don Fermín Arjeta, brigadier de Ingenieros, leyendo el discurso inaugural el Decano de Derecho, D. Lorenzo Arrazola». Ap. E. IBARRA. Discurso leído ante la R. A. de la Historia en el acto de su recepción pública el día 29 de Febrero de 1920, p. 47.

griegos a las musas (τὰ μουσεῖα), diosas protectoras de la poesía, y los sacrificios a Hermes en los gimnasios, es indudable que los romanos celebraban durante cinco días, del 19 al 23 de Marzo, con fiestas a Minerva, la inauguración del trabajo escolar, y en esos días pagaban los alumnos al maestro sus honorarios, que recibieron por eufemismo el nombre de Minerva. No sabemos cómo celebraban esos días los romanos; pero esa fiesta, y casi en los mismos días, aparece en la alta edad media, y con el sentido de ternura, de solemnidad y de afecto que la Iglesia católica sabe dar a sus festividades. Es el papa Gregorio IV (827-844), quien establece la fiesta de la inauguración de las escuelas romanas el 12 de Marzo, por ser el día consagrado a la memoria de aquel ilustre predecesor suyo, San Gregorio Magno (m. 604), que fué tan gran maestro y tan amante de la juventud. A él se le debe la organización de la famosísima *Schola cantorum*, la creación de asilos para educación de huérfanos, y una obra de gran interés por su doctrina pedagógica, el *Liber regulae pastoralis*. En ese día, reunidos maestros y discípulos, y terminada la misa solemne, recorrían la ciudad para visitar las familias de los nuevos alumnos, recoger a éstos y acompañarlos a la escuela cantando y recitando poesías. Los padres, agradecidos por aquella atención, obsequiaban con presentes a la comitiva; y ésta organizaba después un ágape en el Colegio, para celebrar la venida de los nuevos compañeros, testimoniarles su afecto, y ofrecerles su cariñosa amistad.

En siglos posteriores, al resurgir la vida intelectual después de la invasión bárbara, la enseñanza científica se organizó tomando como modelo las agrupaciones industriales. «Las mismas necesidades, decía recientemente un doctísimo historiador (1), produjeron los mismos efectos en ambos grupos; en las reuniones de comerciantes e industriales, organizados en sociedades de defensa llamadas *guildes*, se elaboran los programas que llamaríamos de emancipación de la burguesía, única libertad posible, entonces, de ser exigida, y en las de escolares se buscan

(1) *Discurso* ya citado del Sr. Ibarra, p. 34.

análogos fines: la libertad de aprender y ser enseñados por sus maestros libremente, sin sujeción a un señor. Estas comunes aspiraciones se manifestaron en la aparición coetánea de dos instituciones idénticas: el gremio, en industriales y comerciantes, y las asociaciones de estudiantes y profesores, en el campo intelectual, que recibieron el nombre de Universidades».

Estos centros de enseñanza, en su primera época ni se ocuparon en dividir su labor en años o en semestres, ni de organizar las disciplinas científicas en forma de cursos, asignaturas o tareas fijas para el maestro y los alumnos, sino que éstos de común acuerdo y según sus aspiraciones, los determinaban libremente, sin trabas ni prescripciones reglamentarias. Posteriormente aquellas agrupaciones de maestros y discípulos, que por su propio esfuerzo llegaron a adquirir preponderancia sobre los demás y fueron por ende más frecuentadas por la masa estudiantil, se vieron en la necesidad de organizar mejor sus estudios, dividir las materias de enseñanza entre sus maestros y determinar el comienzo del año escolar. En España solía comenzar en el mes de Octubre, y de ordinario el día de San Lucas, pero sin celebrar el hecho de la inauguración (1) con la solemnidad actual. La presencia de todos los profesores a ese acto debió ser obligatoria, al menos en Granada, pues en la sesión

(1) En las primeras constituciones de nuestra Universidad que llevan fecha de 28 de Abril de 1542, mandaban que se celebrasen las fiestas de San Lucas, Santa Catalina y San Nicolás. En la primera pronunciaba un discurso en latín el Regente de gramática. Las otras dos eran fiestas religiosas; la de Sta. Catalina se celebraba en la Iglesia de San Justo y Pastor, y la de San Nicolás en su propia Iglesia. A ésta subía el Rector acompañado de los Maestros y Doctores, todos a caballo. Es notable en las escuelas de la Edad Media la costumbre de elegir entre los jóvenes ese día de San Nicolás (6 de Diciembre) un obispillo, que actuaba como tal hasta el día de Inocentes. Esta ceremonia duró siglos, y a pesar de que el Concilio de Basilea (1432) tuvo que prohibirla por los abusos a que se prestaba, no desapareció totalmente hasta mucho tiempo después. En Granada «los excesos que se cometieron, dice Montells en su *Historia de la Universidad de Granada*, p. 15, durante el pontificado del Colegio Francisco de Torres, obligó al Cabildo a derogar esta costumbre por auto de 3 de Diciembre de 1526». Todavía perduraba esta costumbre en algunas regiones de Alemania durante la segunda mitad del siglo XVIII, y tuvieron que prohibirla nuevamente en 1785.

celebrada el 18 de Octubre de 1636, el Claustro impuso la multa de cincuenta ducados al Maestro Burgos, por haber faltado a la oración de renovación de estudios que tenía encomendada (1).

Pero dejémonos de buscar precedentes a nuestra fiesta y pasemos a examinar su realidad y significado actual (2).

* * *

Hace ya bastantes años, A. Sela empezaba su discurso de apertura con estas palabras: «Celebramos una fiesta universitaria. La ley y la costumbre quieren que, por lo menos una vez cada año haya Universidad; que maestros y discípulos se reúnan en un cuerpo sólo, al principio de cada curso». Y al formular estas apreciaciones el catedrático de Oviedo, no tuvo en cuenta que con los maestros y discípulos celebran también esta fiesta otros muchos sectores de la vida social, los cuales con todo el prestigio de su amplísima representación le dan el carácter de una solemnidad oficial, y, sumando sus voluntades y sus aplausos con los nuestros, reconocen públicamente el interés y la trascendencia de la labor intelectual, cuya inauguración ha querido celebrar la Universidad.

(1) Ap. *Montells*, ob. cit. p. 220.

(2) He aquí cómo la describe, sin que la ironía perjudique a la exactitud, mi fraternal amigo y compañero Sr. Ibarra, refiriéndose a la Universidad de Zaragoza.

«El 1.º de Octubre es la fecha que las diez Universidades españolas abren sus puertas y con toda solemnidad inauguran el comienzo de las tareas académicas..... Fuera del Paraninfo, la juventud escolar animada, bulliciosa, rebosante de vida que se trasluce a través de los ademanes sueltos y rápidos, el hablar alto, el disputar, el reír, el correr uno tras otro jugueteando por los claustros: es el ambiente sano de la calle, renovado de modo incesante, que penetra a torrentes en nuestros, por lo general, vetustos edificios universitarios, antiguos conventos en su mayoría, erigidos para rezar en la soledad de la celda o salmodiar en el coro pausados cantos, pidiendo a Dios el olvido de los mundanos intereses, de sus pompas y vanidades.

De pronto hienden aquella masa escolar, maceros vestidos con arcáicos trajes; tras de ellos desfilan lentamente buen golpe de señores serios, estirados, la cabeza tocada con grandes gorros multicolores, el cuerpo embuido en togas y mucetas, trajes extraños, que no suelen verse más que aquel día; entre ellos van mezclados comisiones de las entidades doctas, Cabildo, So-

Y bien necesitamos esta cooperación social. Pues aunque nuestra misión pueda ser en realidad uno de los esfuerzos más indispensables, para mantener y acrecentar todos los valores específicamente humanos, el arte, la ciencia, la educación; aunque aspiramos a mejorar la técnica del trabajo manual, a conservar y ampliar los tesoros de la humanidad en el orden moral, científico y artístico, sin embargo nuestra labor es callada y reflexiva, no tiene el aparato o la ostentación de una gran empresa industrial, no es ruidosa ni ofrece ventajas económicas fácilmente perceptibles; en una palabra, carece de todas esas condiciones que son las más a propósito para impresionar las muchedumbres. Por eso, es muy de agradecer la cooperación de todos esos elementos sociales, que han venido aquí a tomar parte en nuestra fiesta. De esta suerte, nosotros, el personal docente, nos sentimos por esa cooperación fortalecidos en nuestros ideales y aspiraciones; y con este intercambio de sentimientos y de afectos, el espíritu de la Universidad se agranda y sale de su intimidad, para fundirse con las energías de toda la masa social.

Aprovechando esta solemnidad, el *Alma Mater* tiene la satisfacción de ver aquí reunidos a todos sus hijos y colaboradores; las Facultades Universitarias, el Instituto de segunda enseñanza,

ciedad Económica, Ateneo, Ayuntamiento, Diputación; el público no habituado al acto, mira con curiosidad aquel desfile, semejante al de esos reyes asiáticos o africanos que con su séquito, cubierto de exóticas vestimentas, recorren las principales cortes europeas, e intentan reconocer bajo aquellas raras vestiduras a los sujetos con quienes se codea a diario, a D. Fulano, el médico que le asiste cuando está enfermo; a D. Mengano, el abogado en cuyas manos encomienda la defensa de sus intereses.

Toman todos asiento pausadamente y en sitios designados de antemano para que no surja entre aquellos graves varones una enojosa cuestión de etiqueta, que la alta representación que todos ostentan trueca su natural de hombres corrientes y sencillos en personajes vidriosos y susceptibles de los prestigios de la corporación que les envía, y tras algunos campanillazos que apagan los acordes de la música, cursi por lo general, que ameniza el acto, el murmullo producido por las mil conversaciones sostenidas en voz baja, el leve ajeteo de los femeniles abanicos y el ruido de las sillas al instalarse en ellas quienes las ocupan, sube a la tribuna uno de aquellos señores, designado de antemano por turno entre las Facultades y antigüedad en el escalafón, y comienza el discurso». Vid. *Meditemos*. Cuestiones pedagógicas. Zaragoza, 1908, p. 47.

la Escuela Normal de Maestros y Maestras, y la Escuela Superior de artes e industrias; todos los organismos de la vida docente, siquiera una vez al año, aparecen en este día, formando una colectividad. Y notadlo bien, nuestra coincidencia en este lugar es un símbolo de la comunidad efectiva en la labor y en las aspiraciones, pues aunque la división del trabajo nos obliga a desempeñar nuestra misión en lugares distintos, a todos por igual nos incumbe una misma tarea, la de fomentar el predominio de la inteligencia en todas direcciones. La separación de lo teórico y lo práctico o profesional, de lo científico y lo técnico, no significa más que aspectos distintos de la actividad inteligente; cómo la gradación en las enseñanzas implica tan sólo un fraccionamiento de la materia a exponer, pero no diversidad de métodos o de función didáctica. Todos somos parte integrante del organismo docente, de la *Universitas studiorum*.

Sin que el orden de la enumeración implique gradación jerárquica, aquí encontramos a los admiradores del ideal humano en su aspecto literario y artístico, a los que se complacen en reconstruir la vida de la humanidad en el pasado, y en valorar sus creaciones como alimento espiritual para las generaciones venideras. Aquí están los que gustan de las especulaciones sobre los múltiples aspectos de la vida jurídica, y se consagran a examinar los variadísimos accidentes de las complicadas relaciones de los hombres entre sí, para determinar normas de conducta que, salvando las dificultades enormes suscitadas entre el egoísmo y la pasión, faciliten la convivencia entre los humanos en un ambiente de paz y de justicia. Aquí están los investigadores de la naturaleza, los que se afanan en descubrir sus secretos, para explicarlos y comprenderlos; los que quisieran reducir la trama del universo a sencillas relaciones matemáticas, sabiendo de antemano que todo en él está dispuesto con número, peso y medida, como nos dicen las Sagradas Escrituras. Aquí están los que estudian las alteraciones del organismo humano como una serie de problemas científicos, luchando de una parte, por desterrar las ridículas extravagancias de la superchería indocta, y de otra, por aminorar los estragos de la enfermedad y dulcificar las molestias

del dolor. A esta misma labor contribuyen de un modo efficacísimo los que han tomado a su cargo el análisis y el estudio de los productos naturales en su relación con el organismo.

Pero los literatos, los juristas, los cultivadores de la ciencia pura y los que buscan sus aplicaciones en provecho de la humanidad, no representan una agrupación de gente docta para disfrutar egoístamente de sus lucubraciones, sino que aspiran a divulgarlas, y a procurarse continuadores de su labor y de sus entusiasmos por la investigación científica. Ahora bien, esta aspiración sería irrealizable sin el concurso efficacísimo de esos maestros que toman a su cargo, ya la preparación de la juventud para los estudios de Facultad, ya la formación de ese otro profesorado verdaderamente popular, a cuyo esfuerzo se debe que las investigaciones del sabio, o las creaciones del artista puedan llegar a la masa social, ya en fin el adiestramiento de los técnicos en toda clase de artes industriales, para combinar en sublime armonía las exigencias de la vida cómoda con los encantos de la belleza.

Todos son colaboradores meritísimos de la función docente, y todos sienten esa aspiración nobilísima de mantener el fuego sagrado de la ciencia y del arte, para difundirlo por todos los rincones de la vida humana; por eso se han reunido aquí para celebrar el comienzo de su labor anual.

Identificada con nosotros y con la alegría y el bullicio propio de los años juveniles viene a tomar parte en esta solemnidad la masa estudiantil.

En ella encontraremos actitudes y sentimientos muy variados. Unos entran en el Paraninfo con el alma ingenua del niño, atraídos por una viva curiosidad de enterarse de todo, aunque cohibidos por una timidez respetuosa. Poco a poco se van adaptando al ambiente, y como si les hubiéramos comunicado nuestra seriedad, se producen en sus gestos y ademanes con aires de gravedad un poco exagerada.

Otros acuden a esta solemnidad, con la satisfacción del que logra lo que tantas veces su imaginación inquieta en sus sueños sobre el porvenir, le había presentado como entrada triunfal en

esa fase de la juventud que ya le permite codearse con los hombres. Por eso al encontrarse aquí, miran ya con cierto aire de superioridad a los compañeros que dejaron en el Instituto, y aparentan despreocupación, cual si quisieran demostrar a todos que asisten por derecho propio, y que han venido a tomar solemnemente posesión de su nueva casa.

Otros más reflexivos, con mayor dominio de su conducta y habituados a la vida universitaria, toman este acto de la apertura de curso como obligada visita a la Universidad después de las vacaciones de verano. Para ellos representa, aunque de un modo confuso, el comienzo de la labor cotidiana de asistencia a cátedra, con el atractivo especial de volver a encontrarse con sus antiguos camaradas y condiscípulos, y de renovar la visión de los catedráticos que fueron sus maestros, y de los que van a serlo en el curso que empieza.

Aparte de estos grupos hay otro sector de más complicada psicología; es el sector de los distraídos y de los indiferentes. Los unos, inquietos como la mariposa, son juguetes de su propia frivolidad, y cediendo a los vaivenes de su impresionabilidad juvenil, reproducen cual eco amplificador todas las modificaciones del medio ambiente. Los otros, con actitud seria y la mirada ligeramente distraída, quieren subrayar su actitud de hombres experimentados, que saben dominar las emociones de los espíritus ingenuos y de las almas sencillas, sin advertir que por ese camino se llega a confundir la independencia de espíritu con la rebeldía social, la originalidad de pensamiento y de crítica con el prurito de contradicción y el afán excesivo de singularizarse. Unos y otros, aunque respondiendo a móviles distintos, aparecen indudablemente un poco desligados de la fiesta universitaria. Pero este fenómeno no debe sorprendernos; sería muy difícil, por no decir imposible, que un acto de esta índole produjera tal paroxismo de sentimientos y de afectos que a todos nos envolviera una misma ráfaga de entusiasmo.

La penetración de un ideal en los cerebros individuales, lo que podríamos llamar intelectualización de la masa consciente por un fenómeno dado, será siempre desigual e incompleta, y

los individuos del grupo tampoco vibrarán al ritmo de intensidades uniformes. Por eso, en toda agrupación, aunque esté inspirada por un ideal fuertemente sentido en el grupo, los individuos reaccionarán de muy distinta manera, y su tonalidad afectiva, aun siendo homogénea y orientada en un mismo sentido, ofrecerá siempre tres zonas o sectores de intensidad distinta. En una, como núcleo vital del espíritu colectivo, aparecerá el sentimiento con la fuerza generadora del entusiasmo; otra aceptará con gusto y secundará dócilmente con sus movimientos las inspiraciones de aquélla, y por último habrá una tercera, que, o no llega a impresionarse o sólo de una manera muy débil, pero desempeña, sin proponérselo, una función muy interesante, a saber, sirve de caja de resonancia, que da cuerpo en el espacio a la vida espiritual de las dos primeras.

Todos pues, a nuestra manera, celebramos la inauguración del curso, todos rendimos nuestro homenaje a este comienzo de la vida universitaria, interrumpida por las vacaciones del estío, y todos sentimos una respetuosa admiración por la labor intelectual.

La presencia de todos nosotros en este lugar, y precisamente en el momento inicial de un nuevo curso académico, no puede tener otro objeto, ni otra significación, que proclamar pública y colectivamente la importancia social y el valor altamente civilizador, no diré de la función docente, porque sobre ser inexacto implicaría vanidad y exclusivismo, sino de la labor intelectual en todos sus grados y manifestaciones. Así lo quiso la ley, y lo ha interpretado la costumbre, al prescribir aquélla y conservar ésta, como elementos integrantes de este acto, un discurso académico y la entrega a los alumnos distinguidos de un diploma oficial aplaudiendo su aplicación y su talento. El primero, desde la más remota antigüedad clásica, ha venido considerándose como factor indispensable, para dar a toda expansión colectiva cierto tono de distinción aristocrática y de elevado humanismo, precisamente porque es la forma más sencilla de exteriorización del trabajo mental. El segundo, o sea la distribución de premios, bien claramente aparece como prueba inequívoca y testimonio fehaciente,

del valor que la sociedad otorga al cultivo de las energías intelectuales.

En una palabra, si por anunciarse en esta solemnidad el comienzo de nuestras tareas académicas, se le denomina fiesta de la inauguración del curso, atendiendo al significado y contenido de los elementos que la constituyen, muy bien pudiera llamarse *fiesta universitaria de la labor intelectual*.

Con esta interpretación, que, como acabamos de ver, nada tiene de caprichosa ni de violenta, los admiradores del ideal, los profesionales del saber especulativo, sin conexiones directas con fines económicos, los cultivadores de la investigación por la investigación misma, tendremos nuestra fiesta, para recordar a los distraídos y enseñar a los que lo ignoren, que si la humanidad vive de los productos del trabajo mecánico, sólo se engrandece y se immortaliza por el esfuerzo de la inteligencia en busca de ideales. Y en pocas ocasiones se habrá encontrado la humanidad tan necesitada de la proclamación y defensa de estos ideales, que son el nervio de su vida espiritual.

Hace veinte años, el obispo de Peoria, Mgr. Spalding, en un discurso sobre la misión vital de la Universidad, que pronunció al inaugurarse el Colegio de la Santa Cruz, agregado a la Universidad católica de Washington, apuntaba sus temores de que las Universidades no pudieran mantener su libertad bajo un régimen democrático. «A medida, decía él, que la civilización va desarrollándose, los medios de opresión y de tiranía aumentan; y la masa popular, si no evitamos su degeneración, arrollará con sus envidias y sus odios todo lo que es superior. Esparta y la república romana se hicieron fuertes sacrificando la filosofía, las artes y la literatura, a las exigencias de una educación puramente práctica y cívica. Hoy, la democracia parece inclinarse a las mismas tendencias falsas y envilecedoras». Y recordando aquella máxima: *vox populi, vox Dei*, repite el agudo comentario de Locke, que no encuentra época alguna en que Dios nos haya comunicado sus oráculos por boca de las masas populares, ni que la naturaleza haya revelado sus leyes valiéndose de la muchedumbre. De todo lo cual infiere el sabio obispo norteamericano

que «necesitamos purificar, educar y civilizar a las masas entre las cuales vivimos; y si éstas quieren capacitarse para la libertad política, deberán aprender de la ciencia, de la moral y de la religión a dirigirse por sí mismas» (1).

¿No estamos hoy más cerca de ese peligro? ¿Quién puede mirar con indiferencia esa extraña polarización de una gran parte de la humanidad, que, rompiendo la organización tradicional en que vivía dirigida y dominada, está formando ahora una nueva agrupación, con el decidido propósito de imponerse por el número y por el volumen a todos los demás elementos sociales? ¿No traerá esto indefectiblemente una revisión de valores? Y en tal caso, la vida interior, la contemplación de lo ideal, las creaciones de la inteligencia, los valores del espíritu, que no figuran precisamente en la tabla de los valores económicos, ¿conservarán los prestigios sociales y la respetuosa admiración que hasta ahora se les venía otorgando?

Yo no puedo creer que esa corriente amenazadora de materialismo utilitarista pueda cegar las fuentes de la idealidad, que el hombre ha conseguido abrir, después de tantos siglos y de tan incesantes esfuerzos. Que la humanidad no sienta inquietudes ante el magno problema de su porvenir ultraterreno; que la razón se encoja de hombros ante los cambios y sorpresas con que le brinda de continuo la realidad ambiente; que el corazón humano, insaciable siempre, limite sus aspiraciones a la sencilla función de distribuir la sangre; que todas las inteligencias vuelvan la espalda a las irradiaciones de la verdad pura; que desaparezcan del vocabulario, por falta de contenido actual, todas esas palabras, como abnegación, sacrificio, humildad, obediencia, santidad, que expresan lo más delicado de la conducta humana; que todo eso ocurra, es para mí un absurdo, porque en tal caso la humanidad habría dejado de serlo.

Si del espíritu humano llegara a borrarse la conciencia científica, con sus afanes e inquietudes en busca de lo ideal, la huma-

(1) *Opportunité*, par MGR. SPALDING, trad. de l'Abbé F. Klein. Paris, 3.^a edic., p. 190.

nidad quizá podría ser una agrupación de individuos fuertes, robustos, con esas facilidades para su vida de rebaño que encuentran otros organismos inferiores, porque tuvieron la suerte de nacer en un bosque virgen y de inextinguible fertilidad; pero nunca ese sector escogido entre los seres del universo que, con los destellos de su inteligencia creadora, no sólo ha sabido forjar una vida nueva, la vida del pensamiento y de la moral, sino embellecer la tierra que pisa con los resplandores del arte (1). En una palabra, sin los atisbos geniales del filósofo (2), sin las teorías del sabio y sin las creaciones del artista, el mundo sería cualquier cosa menos la morada del hombre.

Pero si nadie puede arrebatarse a la humanidad los tesoros de su vida espiritual, porque son el fondo de su propio ser, no es imposible que la actuación de esos tesoros sobre la masa social, en forma de ideales, de creencias, de normas de conducta, resulte debilitada u oscurecida. Y el actual podría ser un momento de crisis, de vida difícil, para las expansiones del saber especulativo, y en el que la ciencia pura sólo encuentre cultivadores en

(1) Como dice muy bien Gilson: «El artista no es sólo un hábil explotador de las energías del mundo físico para nuestra utilidad.... Es una de las fuerzas creadoras de la naturaleza. Trae a la existencia seres que otros hombres pueden conocer, pero que no hubieran podido crear, y que si él no existiera, no hubieran existido jamás.... La muerte del artista es una disminución del valor del mundo». Ap. *Rev. de Met. et de Morale*. Enero 1916, p. 254.

(2) La religión misma, a pesar de su carácter sobrenatural y divino, ha encontrado siempre en la filosofía, para sus *preambula fidei*, el punto de apoyo con que justificarse ante las exigencias de la razón crítica. Son tan hondos sus enlaces con el pensar filosófico, que su parte dogmática puede considerarse como una metafísica de la conciencia popular, en sus aspiraciones ultraterrenas y en sus intuiciones de lo divino. Así, W. James, aun empeñándose en despojar a las creencias religiosas de toda pretensión racionalista o dogmática, no puede menos de reconocer su valor intelectual. «La fermentación religiosa, escribe el psicólogo norteamericano, es siempre un síntoma del vigor intelectual de una sociedad.... La naturaleza humana no ofrece nada más interesante y más precioso que sus ideales y sus creencias en el más allá. Y esto ha sido verdad siempre, en todo tiempo y lugar; los excesos con que suele culparse a los individuos y a las épocas históricas, se compensan totalmente, y vienen a ser, en definitiva, una fuente de provechosos para la humanidad». *La volonté de croire*. París, 1916, p. 17.

algún espíritu selecto y empapado de heroísmo (1). Indudablemente, estamos muy lejos de aquellos tiempos de Grecia en que grandes masas de oyentes y discípulos se apretujaban por oír la palabra de un sofista; y la llegada de Gorgias, de Protágoras o Hippias a una ciudad, despertaba tal entusiasmo entre sus moradores, que éstos la celebraban con solemnísimos festejos populares. Difícilmente se aceptaría hoy el sentido verdaderamente humano de aquella frase de Pascal: «Aunque el universo aplastara al hombre, sería éste más noble que aquel que lo aplastó, porque sabe que muere» (2); o la sinceridad de Montesquieu al escribir: «Jamás he tenido disgusto que no haya podido olvidar con un cuarto de hora de lectura».

Es hoy tan fuerte la presión de los instintos y de las exigencias de la vida material, que bien puede afirmarse, sin exageraciones pesimistas, que no es propicio este ambiente de intranquilidad social, de bajas pasiones desbordadas, de afán insaciable de riquezas, de horror aun a las molestias inevitables de la vida, y de

(1) Quizá hoy son más exactas las apreciaciones que formuló Mgr. Spalding, sobre la civilización mundial, en 1899. Copiamos a continuación una página de su libro ya citado *Opportunité*, y a la cual los acontecimientos posteriores le dan el valor de una visión profética. Dice así: «En nuestra carrera loca en busca de fortuna, las multitudes se han sacrificado con menos piedad que en la guerra; la concurrencia les obliga a trabajar en condiciones que *deshumanizan*. La codicia ha lanzado a los hombres a una lucha universal e implacable, en que sobreviven los más fuertes y los más hábiles, o sea los que tienen menos conciencia..... Se hace la guerra, no para libertar y educar a las razas débiles, sino para expoliarlas y oprimirlas; y estos crímenes se cometen en nombre de la religión, de la civilización. Las grandes potencias de Europa miran con estúpida indiferencia cómo se asesina a pueblos impotentes; y América, que ha sido siempre el país de la buena voluntad para los hombres, y la tierra de iguales probabilidades de éxito para todos, parece hoy dejarse llevar muy lejos de todo lo que ella amaba y por lo cual ella vivía, en la perversa compañía de esas naciones del viejo mundo ebrias de conquistas y de dinero..... La prosecución perseverante de fines desinteresados, el espíritu de sacrificio y de abnegación, la fe y la esperanza, el amor de la libertad y de la independencia, con temor sea dicho, van disminuyendo». P. 55.

(2) Un pensamiento análogo encontramos en el *Segundo Hippias*. Platón presenta el ejemplo de dos que habían faltado a la verdad, el uno por ignorante y el otro por embustero, y pregunta cuál de los dos es preferible. Hippias contesta que el ignorante; pero Sócrates le replica que él prefiere al embustero, porque éste conoce la verdad.

perturbadora rebeldía en todos, para las serenas lucubraciones del pensamiento (1).

Y podría ir enumerando otras muchas dificultades y obstáculos, con que seguramente ha de tropezar la labor intelectual que hoy festejamos con esta solemnidad académica. Pero no pensemos en ellas; es de espíritus pusilánimes y perezosos el abultar las dificultades antes de comenzar el trabajo. Es ley de todo dinamismo que no se da la potencia sin la resistencia; y, como la energía potencial del explosivo parece agrandarse, cuando se la comprime y se la sujeta, así también las almas que persiguen con fervor un ideal, se crecen y toman nuevos bríos ante el obstáculo y la contradicción. La vida de la verdad es una parte del reino de Dios, y ya sabemos que éste exige violencia, y sólo los esforzados lo conquistan.

Consagremos, pues, todas las energías de nuestro espíritu a

(1) Y entre éstas, las que más notarán esa falta de ambiente para su desarrollo, son las lucubraciones filosóficas, pues la filosofía en España desde las últimas reformas universitarias fué casi en absoluto suprimida de la Universidad. No le dejaron más que un pequeño rincón allá en la Universidad Central, y en las demás Universidades solamente una Cátedra de Lógica, que, algún funcionario administrativo o no se quién, seguramente no fué un filósofo, le añadió el calificativo de *Fundamental*. La Facultad sigue llamándose Facultad de Filosofía y Letras, y a nuestros Licenciados se les da un título de Licenciados en Filosofía y Letras; pero como no se enseña Filosofía, ni hay más asignaturas de Filosofía que la Lógica, resulta todo eso una enorme ficción, y aparece la suprema autoridad académica dando validez oficial a un *título colorado*.

Es muy fácil mirar con desdén los estudios filosóficos y condenarlos por inútiles o rechazarlos por abstrusos; pero también es un hecho innegable que la frivolidad y la ligereza de juicio es la característica de las inteligencias mediocres, y en las cuestiones de ciencia pura vale poco la opinión de la muchedumbre. Así como la luz viene de lo alto y para penetrar en la llanura necesita iluminar las cumbres de las montañas, así también sin esa luz que irradian los conceptos más universales y los principios más altos, fondo principal de la filosofía, los estudios profesionales no pasarán de un practicismo mecánico, y las disciplinas liberales se irán achicando hasta reducirse a un montón de noticias y conocimientos, como el que podría formar una cultura rudimentaria, pero sin el encanto de realidad virgen que presentan los historiadores y poetas de las civilizaciones primitivas. «Con la pura erudición, como dice mi maestro el Sr. Ribera (*Lo científico en la Historia*, Madrid, 1906) tendremos a lo sumo peones históricos, que se dedicarán al arrastre inútil de materiales de un sitio a otro, dejándolos tan rudos y defor-

la sublime ocupación del pensamiento; no olvidemos aquella máxima de mi mejor maestro y fraternal amigo, Julián Ribera: «A pensar se aprende pensando», gráfica condensación de su sistema pedagógico (1). Acostumbremos nuestra inteligencia a vibrar al unísono de los grandes pensadores, mediante la lectura de sus libros; así jamás sentiremos el aburrimiento del ocio o el vacío en nuestra ideación, pues la trasfusión de las doctrinas que otros construyeron, si se las recibe con afecto, es tan vivificadora como la trasfusión de la sangre.

Esforcémonos por sentir, como Sócrates, a quien algunos llaman el primer universitario, la necesidad de vivir filosofando, de interrogar a nuestro propio pensamiento, avivando siempre

mes como salieron de la cantera». O como dice Mgr. Spalding, tan conocedor de la vida social y científica: «Sin filosofía, la erudición no es más que una especie de ignorancia enciclopédica». Por este abandono de la alta cultura intelectual, la cual sólo puede lograrse con el estudio de los problemas que plantea la filosofía, los Doctores de las Universidades españolas, aun suponiéndolos con un expediente académico inmejorable, difícilmente podrán leer las obras clásicas de los grandes maestros de la humanidad en su respectiva sección, a no ser que privadamente o en otras Instituciones de enseñanza, fuera de la Universidad, hayan ampliado sus estudios universitarios.

Pero dejando a un lado este tema de la importancia de la filosofía, el hecho legal de haberla excluido del plan universitario es un desahucio y un atropello. La filosofía estaba en su propia casa; todas las Universidades se fundaron para mantener el fuego sagrado de sus especulaciones con las que se pretendía iluminar la exposición del dogma católico; y a nadie cedió este título de legítima propiedad. Está bien que a las Universidades se hayan acogido los estudios profesionales en demanda de una organización más científica, que la que puede dar el aprendizaje empírico al lado de una persona experta. Pero es un contrasentido enorme el suprimir luego aquellas enseñanzas que son precisamente, las que dieron y seguirán dando savia científica a los estudios profesionales.

Vayan pensando, pues, mis compañeros de Claustro, que tuvieren la paciencia de haber leído esta *nota*, en la necesidad de ampliar los estudios de filosofía para nuestra Universidad de Granada. Cuando la promesa de autonomía que nos dió un Ministro, refrendó nuestro Rey y aprobó la alta Cámara, se convierta en realidad, volveré a insistir cerca de vosotros con esta petición.

(1) Puede consultarse su obra *La superstición pedagógica*, 2 vol., Madrid, 1910.—Schopenhauer transportaba la máxima de Séneca (Carta 48) *Alteri vivas oportet, si vis tibi vivere, al orden intelectual, de esta manera: Tibi cogites oportet, si omnibus cogitasse volueris.*

nuestro afán inquisitivo de averiguarlo todo, sin que nos acobarden las voces pesimistas del escepticismo, ni emboten nuestra curiosidad las sugerencias de un optimismo enervante. No queramos ser optimistas ni pesimistas: eso representaría dos excusas a una misma pereza, sino constantes adoradores del esfuerzo intelectual para mejorarlo todo, forjando ideales cada vez más comprensivos de la realidad, y mejor adaptados al perfeccionamiento del espíritu humano.

HE DICHO.